Maddalone, preparaba en un anafe de yeso la escasa comida de su marido, que iba á ser el banquete de todo un Enrique de Lorena. Y como para dar el último perfil á tan repugnante escena, Genaro Annese, miéntras se acababan de preparar los macarrones, haciendo alarde de confianza con su huésped, se puso muy oportunamente á curar con ciertos ungüentos una llaga pestífera y cancerosa que tenia en una pierna (1).

Es la ambicion la más acomodativa y doblegable de todas las pasiones; y el duque de Guisa conociendo que el indisponerse con Annese, ó el desagradarle en aquellos primeros momentos, podia dar por tierra con sus gigantescos planes, se mostró contentísimo de aquella grosera familiaridad y repugnante acogida. Abrazó muchas veces al arcabucero, acarició á la cocinera, elogió el albergue franco y la comida sobria, conferenció íntimamente con el generalísimo, procurando desvanecer en él todo recelo de ser suplantado, y hasta se prestó á acostarse con el hediondo jefe popular, pasando la noche á su lado en un colchon en el suelo, miéntras roncaba en otro allí inmediato la señora del castillo.—No sabemos si el cansancio de la navegacion, y las fuertes emociones de la llegada le proporcionaron tranquilo reposo en tan poco digno hostalaje, ni si ensueños de gloria y de poderío revolaron sobre su frente. Las historias de aquel tiempo sólo dicen que pasó la noche vestido, y que se levantó al amanecer para recorrer la ciudad.

Cercado de innumerable populacho, que creia ver en el duque de Guisa á su libertador, y seguido del temor de los *capas-negras*, que ignorantes de los antecedentes de aquel príncipe, creian que estaba detrás de él todo el poder de la Francia; fué á reconocer los puestos militares, á revistar las tropas de paisanos armados, que tan denodadamente combatian, y sobre los que, justo es confesarlo, brillaba la aureola de la constancia y del valor, y á examinar por sí mismo los recursos con que contaba el pueblo rebelde que venia á gobernar. Muchas ilusiones se le desvanecieron aquella mañana, viendo con sus propios ojos lo exagerado de las noticias que volaban por el mundo sobre el poder y el porvenir de la rebelion napolitana. Halló, es verdad, una masa de hombres resueltos y armados muy considerable; pero sólo habia en ella ocho ó diez mil verdaderamente capaces de guerrear en regla. Y cuando creia encontrarse con todos los habitantes de la capital, y aun de las ciudades de provincia, uniformes en opinion, en deseos, en odio á los españoles, en ansia de libertad; se encontró con que una respetabilísima clase media permanecia indiferente y disgustada cuando no hostil; y que era tan numerosa, que con sólo resolverse y querer, podia inclinar á su lado la balanza de la fortuna. Vió que en la misma masa militante no reinaba órden ni concierto; que la república no estaba organizada y constituida, y que era imposible que lo estuviese; que los jefes populares gozaban de escasísimo poderío y de muy efímero ascendiente; y que, aunque abundaban en las filas del pueblo veteranos de bizarría y arrojo, no habia al frente de ellas oficiales expertos, prácticos é inteligentes, capaces de dirigir con tino las combinadas operaciones que aquella guerra requeria. Advirtió la falta total de dinero, la escasez completa de víveres, la mezquina provision de armas y de municiones: finalmente la imposibilidad de llevar á cabo con aquellos elementos los planes que habia concebido en Roma, y que lo habian traido á aquel teatro de desdichas.

Pero sin amilanarse, confiando en lo sonoro de su nombre, en los caprichos de la fortuna, en su valor personal; y creyendo alucinado que el gabinete francés no lo abandonaria, y que la influencia de su familia podria procurarle tesoros y soldados con que coronar su empresa, se propuso seguir adelante impertérrito, y aprovechar aquellos primeros momentos de entusiasmo popular para probar la mano, procurando obtener alguna ventaja sobre los españoles, que diese gloria á su nombre y que sirviese de buen agüero para las empresas futuras.

Con el objeto de aumentar la consideracion del pueblo de Nápoles y del reino todo, y para fortalecer la suprema autoridad militar que iba á ejercer, dispuso el duque de Guisa, ó por mejor decir, hizo proponer á Genaro Annese, y aprobar á la junta popular de San Agustin, que se le tomase juramento de fidelidad á la República solemnemente en la catedral, y que se le entregase allí, con las ceremonias debidas, un estoque bendito en forma por el Arzobispo cardenal. Conociendo Filomarino cuánto iba á comprometerlo este paso, con que sancionaba la rebelion, se excusó con el mal estado de su salud; pero un aviso, mejor dicho una amenaza secreta, que le fué comunicado, de que si no se prestaba de buena voluntad correria riesgo su persona, lo decidió á asistir á la funcion, y bendecir y entregar una espada con que debian ser exterminados los españoles y destronado el legítimo soberano; accion que lo desacreditó sobremanera con la gente sensata (2), y que oscureció en gran parte la justa reputacion que habia ganado con su conducta, ya prudente, ya enérgica, ya arrojada, y siempre digna en aquellas dificilísimas circunstancias.

En tanto el general Tuttavilla consiguió nuevas ventajas sobre el puente de Scafati, deshaciendo, no sin trabajo y despues de reñida pelea, unos cuatrocientos caballos napolitanos que salieron de la ciudad para sorprenderlo; con lo que apretando el bloqueo pudo rehabilitar las aceñas de Torre de la Anunciata y enviar algunas harinas á Castelnovo, pero no bastaron para socorrerlo, segun la necesidad en que estaba, por lo que mandó terminantemente el Virey, que tratase á toda costa de abrir el paso de la gruta de Posilipo, único camino de recibir bastimentos. Tuttavilla, aunque creia de difícil éxito esta empresa, se preparaba á tentarla, y dispuso en Puzzoli doscientos buenos caballos, que reuniéndose con alguna infantería que de la guarnicion de Castelnovo debia llevar á la playa de Bagnoli una galera, intentasen sorprender la gruta; pero como tuviese aviso por medio de sus confidentes de que el duque de Guisa queria empezar su campaña atacando á Aversa, cuartel general de la nobleza, y luégo á Capua, para abrirse el camino de Roma, tuvo que reconcentrar sus fuerzas para impedir esta operacion.

Efectivamente el príncipe francés intentaba acometerla; mas cuando supo el movimiento concéntrico de Tuttavilla, lo dejó para más adelante, y pensó sólo en ganar alguna ventaja notable en la ciudad. Determinó pues, consultando con los jefes populares, por los que afectaba la mayor deferencia, atacar el puesto de San Cárlos de la Mortella, para apoderarse luégo de las eminencias, y acercarse á Santelmo.

El 21 de noviembre dispuso el duque de Guisa al amanecer una columna de cuatro mil hombres para verificar la operacion, que empezó con muy buenos auspicios. Apoderáronse de los primeros puestos, con muerte de muchos españoles, y se derramaron á saquear é incendiar las casas contiguas. Cargaron sobre ellos don Cárlos de Gante y el capitan Fusco con dos compañías de arcabuceros, y los pusieron en grande apuro; y queriendo la reserva de las tropas del pueblo socorrer á los suyos, se interpuso oportunamente Mr. de Batteville, seguido de don José de Sangro y del príncipe de Tarsis con gente de refresco, y destrozó completamente la columna que subia al socorro de la que estaba ya derramada por la altura, causándole una gran mortandad. Consternóse el pueblo y quedó no sólo frustrada la operacion del nuevo caudillo, sino tambien desacreditado su nombre, y con mal agüero su fortuna (3).

CAPITULO XXI

Este descalabro, y el descrédito del corto séquito con que se habia presentado el duque de Guisa, de los ningunos socorros que habia traido y de la tardanza de la armada francesa, empezaron á disgustar á muchos de los hombres del pueblo. E instigados secretamente por los agentes ocultos del Virey y de don Juan de Austria, no dejaron de manifestarlo en plazas y corrillos. Esto obligó á Genaro Annese, aunque no le sonaban mal aquellas hablillas, á dar varias órdenes prohibiendo con severas penas tal desahogo; y al duque á publicar una melíflua proclama, henchida de ofertas y de buenas esperanzas; y á procurar por todos los medios que le habia dado naturaleza, captarse el afecto del populacho. Achacó la rota padecida á la confusion que ocasionaba la multitud de jefes y cabos que, interpretando á su modo las órdenes superiores, imposibilitaban toda unidad de accion; y dispuso un nuevo arreglo del paisanaje armado, organizándolo segun un nuevo sistema francés. Para esto quiso formar un regimiento modelo, y mandó que cada capitan de utina le diese diez hombres escogidos, con el sueldo de un carlin diario, y ofreció la misma ventaja á los soldados napolitanos que desertasen de las banderas españolas. Miéntras se dedicaba á estos arreglos militares, no se descuidaba en atraerse por todos los medios reservados posibles la adhesion de los *capas-negras*, dejándoles entrever que iba á enfrenar al populacho, y á darles la influencia saludable en los negocios públicos; y empezó tambien á procurar que se disminuyese el encono del pueblo contra la nobleza, buscando medios de halagarla y de darle esperanzas del pronto restablecimiento del órden en todo el país. Pero llevando de frente y no sin sagacidad todas estas negociaciones, meditaba al mismo tiempo el plan de apoderarse de Aversa, y tomaba sus medidas para alejar de ella al general Tuttavilla, que con su columna volante y actividad suma, corria de una parte á otra, logrando siempre ventaja en diarios encuentros y continuas escaramuzas.

Por entónces recibió de Madrid el Virey duque de Arcos, en contestacion á sus despachos dando parte de la segunda avenencia celebrada con el pueblo despues de la muerte de Masanielo, completa aprobacion de su conducta, y plenos poderes para un arreglo definitivo, y para hacer en nombre del Rey todo género de concesiones á los napolitanos; y creyendo que esta autorizacion, la sancion real dada á las capitulaciones hechas, y la seguridad de que la obtendrian las que aun se pudieran hacer, abrian nuevo campo á una fácil negociacion; imprimió y repartió con profusion la plenipotencia de que estaba revestido, con una exhortacion á la paz, y con nuevas ventajosas propuestas. El crédito del negociador entra por mucho en el éxito de las negociaciones, y el del duque de Arcos andaba muy por tierra, con la mala fe de sus anteriores tratos, para que pudiese inspirar confianza alguna. Así que, á pesar de sus nuevos y amplios poderes, su nombre sólo cerraba la puerta á todo acomodamiento (4); siendo la respuesta general á sus nuevas insinuaciones, que nadie se fiaba de sus ofertas, ni creia en sus palabras conciliadoras. Desaire completamente personal, reforzado con un bando de Genaro Annese prohibiendo, bajo pena de la vida, todo trato con el Virey.

Corrido el duque de Arcos disimuló la afrenta que á su nombre se hacia, y trató de minar al de Guisa y á Annese por otros medios; miéntras el señor don Juan de Austria, convencido de que el reino se perdia, bajo el mando supremo de tan desacreditado y aborrecido Virey, meditaba el modo prudente de quitar este estorbo á la paz y á la terminacion de tantos desastres.

El duque de Guisa persistiendo en su idea de salir á campaña y de acometer á Aversa, reunió la gente popular en San Agustin, y expuso en ella, no sin acierto, y dando á entender que no le era extraña la ciencia de la guerra, que continuar perdiendo fuerzas y tiempo en atacar con éxito ó sin él los puestos españoles, seria perecer en una lucha interminable: que era preciso llevar la guerra fuera de la ciudad, deshacer el bloqueo para proveerse de bastimentos, animar al país, y esperar con ventajas positivas y con una organizacion estable la armada francesa, que no podia tardar en aparecer: concluyó proponiendo la expedicion sobre Aversa, pintándola tan fácil como importante. Grandes y unánimes aplausos recibió por respuesta, y se decidió en la junta, por voto general, ponerse completamente en sus manos, y fiarle sin restriccion alguna y sin intervencion de nadie, el arreglo y ejecucion de las operaciones militares (5).

No agradaba mucho á Genaro Annese este ascendiente que ganaba el duque; pero tenia que doblegarse á él, mal de su grado, y ayudó á la empresa propuesta con eficacia, por no hacerse sospechoso. El de Guisa organizó con destreza el cuerpo de tropas populares que debian acompañarle á la expedicion, y dispuso al mismo tiempo varias oportunas salidas para distraer á Tuttavilla, y ocuparlo léjos del verdadero punto de ataque. Pero el activo y entendido general no ignoraba ninguno de sus planes, y se los comunicaba constantemente al Virey; mas este no daba gran valor á sus noticias, y lo apretaba sin cesar para que emprendiera la toma de la gruta, creyendo remediar así la miseria que reinaba ya en los castillos, alterando la salud de sus guarniciones.

Preparado todo para el ataque de Aversa, trató el duque de Guisa de nombrar maestre de campo general, altísimo empleo que habia querido reservar para su hermano segundo. Muchas ambiciones se pusieron alerta. Monsieur de Cerizantes se lisonjeó de obtenerlo, aunque sólo habia venido como espía del marqués de Fontenay, y era completamente ajeno á la carrera militar: tambien tuvo la audacia de aspirar á él Agustin de Lieto, hombre de nada, y cuyo nombramiento de capitan de guardias habia ya escandalizado á Nápoles; pero lo obtuvo el baron de Módena, buen soldado y leal caballero, que no quiso por cierto recibir la patente de la junta popular con la firma de Annese, sino expedida y firmada por el mismo duque (6).

Entre tanto un bandido llamado Papone se alzó en las inmediaciones de Gaeta con una tropa numerosa, y saqueando y destruyendo los casales en que no habia cundido la rebelion, llegó á talar los campos de Capua y á dar cuidado á Aversa, que ya temia ser embestida. Aprovechando esta favorable incidencia y la venida de Pastena de tierra de Salerno con gran golpe de rebeldes á acometer á la Cava, y á caer de nuevo sobre el puente de Scafati, salió el duque de la capital el 12 de diciembre al frente de cuatro mil peones, quinientos jinetes y seis cañones gruesos, todo con bastante órden y buen ánimo, pero con escasas municiones, y se dirigió á San Giuliano, casal de mucha importancia, situado ventajosamente entre Aversa y Nápoles. Apoderóse de él sin dificultad, y extendióse al de Santantimo poco distante. El baron de Módena, con tanta actividad como inteligencia, pensó inmediatamente en fortificar varios puntos; pues teniendo los nobles mucha y buena caballería y

(1) Comte de Modéne.

(2) De Santis.—Capecelatro, MS.—Agnello de la Porta, MS.—Comte de Modéne.

(3) De Santis.—Comte de Modéne.—Capecelatro, MS.

(4) De Santis.

(5) Comte de Modéne.—De Santis.

(6) Comte de Modéne.

pocos infantes, era necesario ponerse á cubierto de un rebato.

El general Tuttavilla, avisado á tiempo de la salida en campaña del duque, dejó reforzado el puente de Scafati, avisó á Castellamare para que saliera su escasa guarnicion á detener á Pastena, y revolvió al socorro de Aversa, llegando oportunísimamente.

El príncipe francés, aprovechando la ocupacion del baron con las obras y reparos que dirigia, trató de entablar, contra su dictámen, hablas secretas con los de Aversa, para mostrar á los nobles su buena voluntad, y solicitó una entrevista con alguno de ellos, lo que no tardó en conseguir. Cuando lo supo el leal y entendido consejero, le manifestó, que era muy aventurado el paso que iba á dar, no por desconfianza de los nobles napolitanos, incapaces de felonía, sino por la sospecha que iba á despertar en el pueblo, y por el partido que podia sacar el envidioso y enconado Genaro Annese. El duque recibió con ceño estas juiciosas observaciones del único hombre que lo seguia con verdadera lealtad y puro interés, y llevó adelante su poco meditado plan.

Ajustada la conferencia, se señaló para celebrarla el convento de Capuchinos, que está entre San Giuliano y Aversa, y se pactó que cada parte llevaria sólo nueve hombres de séquito. Al dia siguiente por la mañana llegó el primero al puesto marcado el duque de Andria, en nombre de los de Aversa, con sus nueve caballeros; y minutos despues llegó el duque de Guisa con otros nueve, entre los que iban el baron de Módena, que no quiso dejar solo al príncipe, y algunos oficiales napolitanos. Al avistarse se adelantó á galope el de Andria, y lo mismo hizo el de Guisa; y despues de saludarse cortésmente, echaron ambos á un tiempo pié á tierra y se abrazaron. Visto lo cual se apearon y acercaron ambas comitivas, mezclándose sin recelo y con notable cordialidad. Conferenciaron los dos duques largo tiempo en la celda prioral, tratando el francés de persuadir á la nobleza que dejara la causa de España y se adhiriese á su servicio; y contestando el napolitano, que jamás dejarian los nobles las armas en defensa del Rey legítimo, á quien habian jurado fidelidad; con lo que, sin adelantar nada, se retiraron, satisfechos uno y otro de la cortesanía, lealtad y honra con que por ambas partes se habia celebrado la entrevista (1).

El historiador de Santis, á quien no hemos perdido de vista en el curso de esta historia, dice que esta habla se tuvo despues del ataque del puente de Frignano (que luégo referiremos), y que la procuró y ajustó el general Tuttavilla, con la intencion de apoderarse traidoramente de la persona del duque, si no se prestaba á retirarse del reino; y añade que el temor de la escuadra francesa, que llegó el mismo dia, impidió el atentado. Pero el baron de Módena, que no pierde ocasion de denigrar á los españoles y á sus partidarios, y que como maestre de campo general y confidente íntimo del príncipe francés debia estar al corriente de cuanto pasaba, y que, como hemos dicho, asistió á la conferencia, la refiere como ocurrida ántes de la tal jornada de Frignano y del arribo de la escuadra francesa; y no indica la menor sospecha sobre la buena fe y caballerosidad de los señores de Aversa y del general Tuttavilla, á quien ni siquiera nombra en esta ocasion; ni es de creer que tan esclarecido general, y caballeros de tanta estima, como lo son y lo han sido los napolitanos, pensasen en tan indigna supercheria. Ó estuvo de Santis mal informado, ó un resentimiento personal le hizo acoger como cierta la sospecha de algun malicioso, ó una hablilla vulgar y despreciable.

Sucedió como lo habia previsto el baron. Genaro Annese y muchos de los jefes populares se escamaron con esta conferencia, y no tuvieron que hacer poco el duque y sus partidarios para remediar el daño, rectificar la opinion de las turbas, contener las murmuraciones de la soldadesca y restablecer la confianza y la disciplina.

Pocos dias despues, avisado el duque de Guisa de que en el casal de San Cipriano habia un considerable almacen de grano, envió las compañías de Giaromo Rosso á apoderarse de él. Este movimiento alarmó á Aversa, y salieron de ella mil y quinientos caballos con direccion á San Giuliano. Estaba comiendo el duque cuando recibió el aviso de los puestos avanzados; y montando á caballo, mandó al baron que pusiera las tropas á punto de defender el cuartel general; al señor Yznards que con la infantería de Santantimo saliese á sostenerle; y voló con la caballería al encuentro de la de sus enemigos, que en buen órden se aproximaba. Pasado el puente de Frignano decidió la carga, y las compañías de su guardia la dieron con intrepidez; pero los nobles las arrollaron de tal modo, que se pusieron en desórden los escuadrones que las sostenian. El duque en aquel conflicto se portó con la bizarría que distinguo y ha distinguido siempre á los príncipes franceses, y haciendo prodigios de valor trató de rehacer á los suyos; pero lográndolo tan imperfectamente, que era imposible el sostenerse, mandó tocar á recoger, y dispuso la retirada por el puente de Frignano, paso dificultoso, y en el que se temió una completa derrota, porque la caballería de la nobleza le apretaba muy de cerca. El baron de Módena habia provisto á su seguridad, pues sin decirle nada habia emboscado la infantería en unas casas hundidas y espesos matorrales, que cubrian la entrada del puente; y saliendo al proviso con ellas, sostuvo la retirada del príncipe, conteniendo con notable descalabro la caballería de Aversa (2). Del séquito del duque quedó prisionero el señor de Orillac, vilmente asesinado luégo por un cobarde; pero los nobles napolitanos le hicieron unas magníficas exequias, para dar un testimonio público de que no habian tenido parte en aquel crimen, y de que, como buenos, sabian honrar el valor de sus enemigos.

Este reencuentro, aunque tan desgraciado, dió mucha nombradía al duque, por la brillante muestra que dió de su valor personal, y desmintió completamente las hablillas y las sospechas nacidas de su conferencia con el de Andria.

Seguia pues en su cuartel general de San Giuliano, extendiéndose por los casales que circundan á Aversa, esperando para embestirla que Papone acabase de interceptar el camino de Capua, y que Pastena llegase con las fuerzas de Salerno, cuando recibió aviso de Genaro Annese de estar á la vista la armada francesa; noticia que le enajenó de gozo en el primer momento, pero que reflexionando luégo, lo dejó suspenso y discursivo.

Efectivamente, el 18 de diciembre de 1647, al amanecer, aparecieron en el golfo de Nápoles, y fondearon luégo en la punta de Posilipo, veintinueve naves gruesas con cuatro mil hombres de desembarco, y cinco brulotes. Mandaba estas fuerzas el duque de Richelieu, y le acompañaban el comendador de Goutes, el bailío de Valance, y otras personas de cuenta, que venian voluntarias á la expedicion (3). La armada española, casi desmantelada y desprovista de tripulacion, se hallaba dividida en tres distintos puntos. En Baya donde estaba el señor don Juan; en el puerto de Nápoles al abrigo de los castillos, con Giannetin Doria; y en Castellamare á donde habian ido algunos bajeles para guardar la costa. Y si la escuadra francesa la hubiese atacado así dispersa y desapercibida, y sin tener en ninguno de los tres puntos fuerza suficiente para resistir, habria sido sin duda alguna destruida; y el no haberlo hecho fué cosa tan de bulto que maravilló á todos, dando á los napolitanos suspicaces muy mala espina del intento de aquellas fuerzas auxiliares.

Dado fondo, trataron los franceses de reconocer la punta, para verificar la desembarcacion; y despues de recibir á bordo á los comisionados del pueblo, que fueron á cumplimentar al almirante con gran cortesía, al despedirlos les manifestó éste que estaba dispuesto á enviar guarnicion de sus tropas al torreon del Cármen. Desconcertó esto sobremanera á Genaro Annese, siempre temeroso de perder un ápice de su autoridad, y reuniendo la junta popular, presentó la proposicion sin apoyarla ni contradecirla. Pero los amigos del arcabucero, ayudados sin saberlo por los agentes del Virey, y por los *capas-negras*, pusieron tan diestramente en juego la desconfianza que habia inspirado el que la armada francesa en cuanto llegó no hubiera empezado su ayuda á la república por destruir la armada española, que resolvió casi por unanimidad oponerse á que los franceses guarneciesen la ciudadela del pueblo. Desabrido el de Richelieu con esta repulsa, no verificó tampoco el desembarque en la punta de Posilipo. Sólo saltó en tierra, con escaso acompañamiento, el abate Baschi, familiar del cardenal de Santa Cecilia, para ir á San Giuliano á visitar al duque de Guisa.

Llegó sin contratiempo, fué recibido con mucho júbilo, y regresó á los bajeles despues de una larga y secreta conferencia. No sabemos lo que en ella pasó, pero quedó de ella tan desconcertado el duque, que prorumpió imprudentísimamente en público en groseras injurias á la Francia, á su gobierno y á su almirante, con palabras y acciones de frenético (4). Traia órden el de Richelieu de entenderse sólo con Genaro Annese, y de ponerse en todo á su disposicion; sin que en las instrucciones se mencionase, ni aun por incidencia, al duque de Guisa; y aunque el prudente baron de Módena procuró calmarlo y aconsejarle lo que más convenia, el acalorado mancebo, sin oir más voces que las de su resentimiento, resolvió impedir por todos los medios posibles el desembarque de franceses, á quienes ya detestaba como enemigos, y dar á conocer al gobierno de Francia que se engañaba miserablemente dando importancia al ignorante y vil maestro arcabucero, y en no darla á un príncipe ilustre de su nacion. Decidido á todo, para desembarazarse de los juiciosos consejos del baron, lo envió bruscamente á continuar el sitio de Aversa; y marchó precipitado á Nápoles con su capitan de guardias Lieto, y con su consejero áulico Agustin de Millo, letrado que estaba de acuerdo con el Virey, y que era el que trabajaba con más empeño para indisponer al príncipe con el baron.

(1) Comte de Modéne.—Memoires du duc de Guisa.

(2) Comte de Modéne.—Capecelatro, MS.

(3) Comte de Modéne.—De Santis.—Raph. de Turris.—Capecelatro, MS.

(4) Comte de Modéne.—M. Marie Turge-Loredan. *L'état de la republique de Naples sous le gouvernement de monsieur le duc de Guisa*, traduit de l'italien. (Este autor, que no creemos fuera mujer, dice en el prólogo que su obra es traduccion de las memorias manuscritas del P. Capece, confesor del duque, á lo que tampoco damos gran fe.)

CAPITULO XXII

Informado el duque de Arcos de cuanto habia hecho y dicho tan indiscretamente el de Guisa, y del proyecto que á Nápoles los traia, vió el cielo abierto, y que la suerte propicia le proporcionaba el medio más oportuno de alejar la armada francesa, que lo habia puesto en extremo cuidado; y ántes que llegase á la ciudad el irritado y poco sesudo príncipe, puso en juego sus artes habituales. Circuló con tanta rapidez sus instrucciones á los *Capas-negras*, y preparó el terreno con tanto acierto, que la recepcion del duque francés tuvo toda la apariencia de un verdadero triunfo, y jamás el entusiasmo pareció más general. El letrado Agustin de Millo, y los otros que adulando al incauto mancebo pérfidos lo vendian, aprovecharon su desvanecimiento para hacerle creer que el pueblo no queria más jefe que á él, y que para nada necesitaba de franceses, ni de una escuadra sospechosa, por no haber destruido la española, como tan fácil le hubiera sido.

Hinchado con tales obsequios y lisonjeado con tales insinuaciones, reunió el duque de Guisa la junta popular, y pidió en ella determinado el mando supremo; acusando á Annese de querer entregar el torreon del Cármen al almirante Richelieu, que podia estar de acuerdo con los españoles para atacar la Independencia de la república. Entablóse acalorada discusion; pero los esfuerzos secretos de los *capas-negras*, y los públicos y descarados del padre Capece, de José Palumbo, de Grazullo de Rosis, de Cárlos Longobardo y de otros jefes populares, allanaron la pretension del príncipe francés, y fué proclamado el 23 de diciembre *Duque de la república napolitana, y defensor del Estado* (5). Despechado Genaro Annese montó en un caballo, y recorrió los barrios bajos, gritando: que el jefe que proclamaba la junta los iba á vender á los nobles, con los que estaba de acuerdo; pero como el zafio, cobarde y codicioso arcabucero no habia sabido más que hacerse enemigos, no encontró eco ni amparo en parte alguna, y confuso y ahogado de impotente rabia se encerró en su torreon. El duque, envanecido con su fácil victoria, avisó de ella, como por desprecio, á Richelieu, y recorrió las calles de la ciudad, recogiendo aplausos de la multitud, y llegando de cuando en cuando á sus oídos los lisonjeros acentos de *viva nuestro Rey*.—El historiador de Santis asegura que fué aquel dia proclamado Dux, como el de la república de Venecia; pero ningun documento hemos visto que lo indique, y el baron de Módena y otros AA. sólo refieren que le fué conferido el título que dejamos mencionado.

Genaro Annese en su torreon podia muy bien haber desconcertado la ufanía y fantásticos proyectos del ambicioso mancebo, entregando aquella fortaleza á los franceses, ó á los españoles; pero incapaz de resolucion en que se necesitase de habilidad ó de valor, tomó la de enviar humildemente su sumision al nuevo jefe del Estado; con lo que quedó el duque reconocido sin contradiccion en Nápoles como la suprema cabeza de la soñada república, recibiendo en seguida la adhesion y felicitaciones de Pastena, Papone y demás jefes de bandas populares de las provincias limítrofes.

Entre tanto la armada española aprovechando una oscurísima noche, con ágiles maniobras, y sin ser sentida, se reunió en Baya; lo que advertido al amanecer por la francesa, trató de embestirla. Púsose á la vela Richelieu para verificarlo, pero teniendo en contra el viento leveche, que soplaba recio, se dirigió á Castellamare, donde encontró en el valiente Caraffa gallarda resistencia, causándole notable daño la artillería de tierra, por lo que dió fondo fuera de su alcance. El dia 22 fué la armada española, reorganizada lo mejor posible con actividad é inteligencia por el señor don Juan, la que atravesando el golfo hizo rumbo contra la francesa. Viéndose esta embestida, levó anclas y salió al encuentro. Ya comenzaba el combate, que era ciertamente de éxito muy dudoso, cuando una violenta turbonada que levantó mucha mar y causó averías en unos y en otros, lo imposibilitó. Los franceses se vieron obligados á salir del golfo, pasando con gran peligro por entre la punta de la Campanella y la isla de Capri, y los españoles fondearon, despues de larga brega, al abrigo de los castillos (6).

Creyéndose el duque de Guisa ya seguro en la soberanía de Nápoles, y animado con las noticias de las ventajas conseguidas por Papone sobre Teano,

(5) Comte de Modéne:—M. Marie Tourge-Loredan.

(6) De Santis.—Comte de Modéne.—Relacion de don Juan de Austria, dirigida al Rey.

por Pastena en el puente de Scafati, y por el baron de Módena en las inmediaciones de Aversa, miraba las fuerzas navales francesas como enemigas, y al verlas alejarse se llenó ¡insensato! de júbilo, prorumpiendo sin reserva en los mayores dicterios contra Francia en general, y contra el duque de Richelieu, el marqués de Fontenay y el cardenal Mazarino.

Pasado el temporal, volvió á aparecer la armada en el golfo el dia 27; salió á su encuentro la española, trabóse combate, pero flojamente y sin suceso decisivo; y fondeó el duque de Richelieu detrás de Nisida. Desde allí pidió socorro de víveres al de Guisa, este le respondió secamente, que Nápoles los necesitaba; con lo que desabrido el almirante, y sabedor de las bravatas y fieros del desvanecido príncipe, dió la vela y desapareció, llevándose además un bergantin cargado de grano que venia para los rebeldes. Esta brusca partida contentó mucho al duque de Guisa, sin conocer que aseguraba el triunfo á los españoles; pero los napolitanos, que ignoraban las pasiones de unos y de otros, los manejos ocultos y las verdaderas instrucciones que tenia la armada del Rey Cristianísimo, quedaron atónitos y desanimados viendo partir aquellas fuerzas que con tanto empeño habian solicitado, y en las que habian fundado con razon todas sus esperanzas (1). Así pues quedaron realizados los sagaces cálculos del conde de Oñate, del duque de Arcos, de don Juan de Austria y los deseos de cuantos tenian verdadero interés por la corona de España.

Libre el duque de Guisa de tan importunos testigos, dió rienda suelta á su ánimo jactancioso, á su propension al lujo y vana pompa, y á su debilidad por el bello sexo (2). No descuidaba, es verdad, la guerra, y no dejaba de mostrarse justiciero, con exceso tal vez; pero hablaba mucho y con escasa discrecion; ostentaba un boato que contrastaba con la miseria pública, y hacia descaradamente, sin pudor ni miramiento, la corte á la hermosa viuda del desdichado Toraldo, y á una hermana de su capitan de guardias Lieto (3). Este y el licenciado Millo, que eran sus íntimos favoritos, ostentaban tambien un lujo insultante, y echaban mano para sustentarlo de los más sórdidos manejos (4). Todo esto causó el efecto natural en el pueblo, y el mismo duque de Richelieu, ántes de ausentarse la última vez, tuvo á bordo mensajeros secretos para hacerle saber aquellos excesos y escándalos, y que la nacion no queria tal jefe; y despues marcharon con gran sigilo comisionados á Roma para quejarse al marqués de Fontenay de la depravada conducta del duque (5).

Miéntras este se lisonjeaba ciego de ceñir pronto una corona, que alejaba de sus sienes con su poco tacto y liviano proceder, su fiel amigo y leal servidor el baron de Módena trabajaba para proporcionársela, y darle triunfos que contrabalanceasen sus desaciertos, y aprovechando las ventajas conseguidas por Papone y por Pastena, apretó con teson la ciudad de Aversa. Hallábase ya en ella en grande apuro el general Tuttavilla, pues con sólo la caballería de la nobleza, muy mermada, era imposible defenderla. Pidió socorro de infantería al Virey; pero este no tuvo de donde enviársela; y se contentó con excitarle á resistir con firmeza todo ataque. Mas viéndose aquel valiente y entendidísimo militar estrechado muy de cerca, que empezaban á ser distintos los pareceres de los nobles, cuyas eran las fuerzas con que contaba, y que algunos de ellos, como lo hizo el duque de Maddalone, se retiraban sin contar con él, llevándose su gente; convocó un consejo de guerra donde, leidas las órdenes del duque de Arcos, expuestos los medios de defensa, y debatidas las probabilidades de su éxito, se acordó por mayoría, como consta del acta de aquella reunion, que tenemos á la vista, abandonar á Aversa, y marchar á reforzar la guarnicion de Capua, plaza mucho más importante, y necesitada de gente que la defendiera. Ejecutóse inmediatamente, aquella misma noche, esta resolucion; pero no con tanto órden como hubiera sido de desear, y con precipitacion tan grande que quedaron abandonados graneros inmensos atestados de trigo y forrajes. El baron de Módena ocupó la plaza al amanecer, viéndola abandonada; se apoderó de todos los repuestos, picó la retaguardia de los fugitivos, y avisó al duque sin pérdida de momento. Marchó este en persona inmediatamente á tomar posesion de tan importante conquista; y ó ya que miró con envidia al hábil general que la habia conseguido, ó ya que ufano y envanecido con haber depuesto á Annese, y alejado á Richelieu, le ofendieran los buenos consejos del amigo, ó porque el veneno que habian derramado en su corazon los nuevos pérfidos confidentes habia hecho su efecto, trató al baron de Módena con un despego, con una altanería, con una ingratitud tan ajenas de aquel momento, tan en disonancia con el importante servicio que acababa de hacer á su causa, y manifestadas con tan poco miramiento á la vista de todos, que quedó el vencedor de Aversa harto humillado y ofendido (6).

El general Tuttavilla logró con dificultad suma llegar á Capua: tan grande fué el desórden de la retirada; y entró en ella casi solo. Los barones, roto el freno de la obediencia, como suele acaecer en los desastres, se dispersaron con sus fuerzas indisciplinadas; y unos se derramaron á guerrillear por su cuenta, otros se dirigieron á sus tierras sublevadas, para ver si las podian hacer entrar en razon, y otros, acercándose á Nápoles, ntablaron comunicacion con el Virey. Este puso en consejo de guerra al valiente y desgraciado general, y nombró para sustituirlo á don Luis Podérico, que con algunas compañías de infantería y unos cuantos caballos borgoñones marchó en una galera á la boca del Volturno para trasladarse á Capua (7).

CAPITULO XXIII

Aunque alejada la escuadra francesa estaba verdaderamente perdida la rebelion napolitana, nunca en apariencia se vió más boyante, ni habia contado con tan grandes ventajas. El ejército formado por la nobleza, respetable en caballería, estaba disperso. Papone, dueño de Sesa, Fondi é Itri, y engrosada considerablemente su banda, señoreaba un extenso territorio, sin dejar salir á los españoles de Capua y de Gaeta. Pastena, despues de haberse apoderado del puente de Scafati, habia vuelto triunfante por nuevos refuerzos á Salerno, y era dueño absoluto de tan importante ciudad. Con la toma de Aversa y de sus abundantes graneros, debia reinar la abundancia en Nápoles. Las primeras capitales de las provincias reconocian ya la suprema autoridad del duque de Guisa, seguian armadas y hacian continuas correrías contra los castillos que aun conservaban los barones, ó que aun estaban por el rey de España; con lo que la guerra era continua, general y encaminada al mismo fin en todo el reino; y hasta la importante persona del duque de Tursi, consejero y director de don Juan de Austria, estaba en Nápoles prisionera, víctima de un exceso de noble arrojo ó de ciega confianza. Pero el duque de Guisa, con su ligero é inconsiderado comportamiento, desperdició el fruto que podian haber producido tan felices coincidencias, pues creyéndose ya sin enemigos de ninguna especie, ó por mejor decir derrotados todos, se entregó á rienda suelta á sus pasiones, manifestó abiertamente su envidia á todo género de mérito, é hizo imprudente alarde de sus costumbres relajadas y licenciosas (8), con lo que apresuró su perdicion y la de la causa que tan ligeramente y con tan fantásticos planes habia abrazado. Descuidó el sitio de Capua, donde por falta de dinero se insubordinaron las tropas, padeciendo el honrado baron que las mandaba serios descalabros. Desaprovechó el recurso de los graneros de Aversa, entregándolos á la codicia de logreros, con lo que no remedió sino aumentó la carestía de Nápoles; y por más que los hombres sensatos de la revolucion, que deseaban consolidarla, asegurando la independencia nacional, le instaban para que organizase la república, y le indicaban el modo de hacerlo pronto y de la manera más conveniente para el país; persistió en permanecer él solo á la cabeza de la sublevacion desorganizada, obrando segun su capricho, y como absoluto déspota sin regla ni concierto.

Por aquellos dias recibió don Juan de Austria pliegos de España, con poderes amplios para hacer todo cuanto considerase necesario para acabar con la rebelion, y para asegurar el dominio de Nápoles, y ofreciéndole pronto socorro, y trató de corresponder dignamente á esta confianza de su padre y de su Rey. Divulgada la noticia, que oyó con imbécil desprecio el duque de Guisa, aunque debió haber conocido que habia hecho gran mella en los napolitanos; Genaro Annese y su partido por un lado, y por otro los *capas-negras*, que ya conocian que la Francia habia levantado la mano, manifestaron reservadamente al príncipe español que no le seria difícil concertar un ventajoso acomodo, como no interviniese en él el Virey, cuyo nombre era odioso á la nacion. Tambien los barones que guerreaban en distintos puntos se pusieron de acuerdo entre sí, y le enviaron un mensajero rogándole que tomase el vireinato y alejase al duque de Arcos; con lo que podria lograrse fácilmente, en una avenencia, el fin de tantas calamidades.

Don Juan, de ánimo generoso y benigno, y ajeno de toda ambicion, resistia el despojar á una autoridad legítima para ponerse en su lugar; pero apretado por todas partes, y convencido de que el odiado duque era un obstáculo invencible para la deseada pacificacion, juntó un numeroso consejo en Castelnovo. Discutióse en él detenidamente si era ó no posible tranquilizar el reino bajo el gobierno del Virey; si convendria ó no destituirlo; y si el príncipe, en virtud de sus poderes, podia ó no verificarlo, y tomar su lugar. Los tres puntos, despues de largo debate y de razones de mucho peso, expuestas por las distintas opiniones, se decidieron por considerable mayoría de votos en contra del duque de Arcos, el cual resignó allí mismo su autoridad y entregó el baston, despechado al considerar que otro iba á coger el fruto de su obstinada paciencia y de su lentísima astucia; pues menester es confesar que si su debilidad, imprevision ó falta de energía primero, y luégo sus imprudentes arrebatos, pusieron las cosas á punto de perdicion; su constancia inflexible en los reveses, esperándolo todo del tiempo, y su funesta habilidad, no envidiable, en atizar rencores, encender pasiones, y desunir, sin reparar en los medios, los ánimos de sus enemigos, tenian ya inminente la completa ruina de todos ellos, y el triunfo seguro de las armas españolas. – Despojado pues del mando y sustituido en él por un príncipe de sangre real y de altas esperanzas, partió el 28 de enero de 1648, en una galera, para Civitavecchia, llevando tras sí la maldicion de todo el pueblo. Pero sea dicho en elogio de su probidad, tan pobre, que tuvo que buscar prestado el dinero indispensable para los gastos del viaje (9).

Tomó el señor don Juan el título de Virey interino. Publicó en Nápoles y esparció en el reino una proclama escrita con mucho tacto, que hizo un efecto maravilloso, y despachó á Madrid un correo con relacion circunstanciada de lo acaecido; y pocos dias despues, ó para probar lo seguro que estaba de recobrar el dominio de la ciudad y del reino todo, ó porque realmente fuese deplorable el estado de la armada, determinó privarse de su apoyo, y de un medio de retirada, y la envió á Puerto Mahon.

No dejó de inquietar al duque de Guisa aquel cambio, y trató de ganarse á toda costa al duque de Tursi, tan influyente en el ánimo del nuevo Virey, y á quien como hemos apuntado tenia prisionero, y no muy generosamente tratado; mas habiéndose estrellado su plan en la entereza del noble anciano, despreciador de halagos y de amenazas, de palabras blandas y de groseros insultos, determinó ganar con las armas en la ciudad ventajas tales, que aumentaran su prestigio y deshicieran las esperanzas que empezaban á fundarse en el príncipe austriaco. – Reunió un cuerpo escogido de tres mil hombres, y atacó con él vigorosamente el arrabal de Chiaja y su ribera. Apoderóse sin gran resistencia del torreon de Piedigrotta, y en seguida de la iglesia de San Leonardo sobre el mar, y se derramaron los vencedores á saquear y ejercer todo género de violencias en los habitantes de aquel barrio poco entusiasta de la rebelion. Orgulloso el duque con esta victoria, quiso embestir á Puzzoli, pero volvieron de allí sus tropas escarmentadas.

El señor don Juan, con prudencia muy superior á sus años, anudó diestramente las negociaciones rotas por culpa de su antecesor, tanto con Genaro Annese cuanto con los *capas-negras*, y no se descuidó en comunicar órdenes á los barones que obraban fuera de Nápoles para que se reunieran de nuevo; con lo que algunos vinieron disfrazados á tomar personalmente sus órdenes, y á ponerse completamente á su disposicion.

Los tratos secretos entre los populares descontentos y el nuevo Virey empezaron á abrir camino á un arreglo, y aun se cruzaron proposiciones no desatendibles. Aquellos pedian la ocupacion de uno de los castillos, la intervencion en la eleccion de autoridades, y la facultad de enviar embajadores á Roma, bajo cuya proteccion se habia de hacer el ajuste. Este contestaba que el pueblo ocuparia los muros y puertas de la ciudad, y conservaria el torreon del Cármen; que intervendria en el nombramiento de funcionarios públicos, exceptuándose el de Virey, el de general de la armada y el de gobernador de los castillos; y que podria enviar comisionados á la corte pontificia. Pesábanse secretamente estas demandas y estas concesiones, cuando algunos favorables sucesos vinieron á reforzar el prestigio del príncipe español; pues si tuvo el descalabro de que las galeras San Francisco de Borja y Santa Teresa fueron entregadas al pueblo por las chusmas, que se rebelaron y asesinaron á los cómitres y oficiales de mar; el príncipe de Rocaromana sorprendió y derrotó á Papone, libertando de su pesado yugo la Tierra de Labor, y restableciendo la comunicacion entre Capua y Gaeta; y el duque de Bovino en un reñido encuentro destrozó á Pastena, en el momento que marchaba á apoderarse sin dificultad de Castellamare y de Torre de la Anunciata (10).

Estas ventajas adquiridas por las armas reales consternaron á los rebeldes; y viendo que no estaban contrapesadas con la toma de Aversa, pues que no se habia remediado con ella el hambre de la ciudad, y reconociendo ya todos el error de haber rechazado los socorros de la armada francesa, fué universal el despecho y el abatimiento. Aprovecháronse grandemente de él el villano Genaro Annese, los ardientes partidarios de la soñada república, y los afectos á la paz á toda costa y á los

(1) De Santis. – Comte de Modéne.
(2) M. Marie Tourge-Loredan.
(3) M. Marie Tourge-Loredan.
(4) Comte de Modéne. – De Santis Agnello de la Porta.
(5) De Santis.

(6) Comte de Modéne. – M. Marie Tourge-Loredan.
(7) De Santis. – Capecelatro, MS.
(8) M. Marie Tourge-Loredan.

(9) De Santis. – Comte de Modéne. – Capecelatro, MS.
(10) De Santis. – Compte de Modéne.

españoles, reuniéndose, como siempre acontece en ciertas circunstancias, los distintos partidos pequeños aunque opuestísimos entre sí, para destruir al dominante, y lisonjeándose cada cual de que quitado el estorbo, supeditará luégo á los otros sus aliados, triunfando sus ideas y sus peculiares intereses. ¡Error gravísimo y comun en todas las disensiones civiles!

El duque de Guisa, llena la cabeza de viento, confiado siempre en sus propios recursos, y abandonado siempre en brazos de infames favoritos, era el único en Nápoles que no conocia los peligros de la situacion; y creyéndose con más fuerzas de las que realmente tenia, y contando siempre con el prestigio de su nombre, sin ver que andaba ya por tierra, determinó una embestida general y simultánea á todos los puntos de la ciudad ocupados por los españoles, jactándose de que en un momento y de un golpe iba á apoderarse de toda ella. Opúsose á este descabellado proyecto el baron de Módena, que aunque ofendido y desairado por su príncipe, persistia á fuer de leal en aconsejarle; y le manifestó con sólidas razones, que la operacion era de éxito muy dudoso, y que lo que convenia era estrechar á Capua y apoderarse de ella á toda costa; pero el presuntuoso mancebo despreció sus avisos y preparó el ataque, sin recatar de nadie su plan, ni reservar las instrucciones dadas á los distintos jefes que debian ejecutarlo; con lo que el príncipe Virey tuvo lugar de prepararse, de reforzar los puestos y de asegurar el éxito para sus banderas.

Dispuesto todo á medida del capricho del duque francés, que recibió de refuerzo para aquella jornada un número inmenso de bandidos que vinieron á su llamamiento, y de los restos de las tropas del derrotado Pastena, señaló el dia 12 de febrero para el ataque general. Repartió la masa de tropas populares, no mal organizadas, en divisiones de dos y de tres mil hombres, mandadas por los jefes más expertos y animosos, quedándose él con una numerosa y escogida reserva en San Lorenzo. Prontas las columnas en sus puestos respectivos, y bien aleccionados los jefes, se dió la señal de arremeter, y cada una por el camino trazado de antemano, se arrojó denodada sobre el puesto español, cuya expugnacion le estaba encomendada: con lo que fué en un momento general el combate por toda la ciudad. Duró todo el dia y gran parte de la noche furioso y encarnizado; y aunque el órden y el ímpetu de la acometida hubiera honrado al ejército mejor disciplinado y más valeroso, la defensa fué tan resuelta y gallarda que ni un solo puesto donde ondeasen las enseñas españolas fué ganado por el pueblo (1). Y siendo tan desigual el número de los defensores, que cada uno de ellos tenia que pelear á la vez con diez asaltantes, quedó la victoria por las armas del Rey; siendo increible el destrozo de las masas populares, que dos, cuatro, y seis veces volvian como perros rabiosos á las estacadas y parapetos, inexpugnables por el esfuerzo heróico de los españoles; pues lució tanto aquel tremendo dia, que el mismo baron de Módena, sobrio de elogiarlos, dice en sus memorias como testigo de vista; «el valor de los españoles adquirió muchos grados de gloria en tan importante jornada.»

Dia de luto y de consternacion fué para la angustiadísima ciudad el que siguió á tan horrenda matanza. Sangre, y sangre napolitana corria por los arroyos de las calles; y lágrimas amargas por los rostros de sus habitadores. Cuál buscaba al amanecer, entre los montones de muertos horrendamente heridos y mutilados, el cadáver de un padre; quién el de un hijo ó un hermano; aquella el de un esposo ó un amante; otros los de sus amigos y protectores; y todo era confusion y despecho, y los alaridos de las viudas, de los huérfanos, de los ancianos, resonaban en aterradora armonía.

Furioso el duque de Guisa culpando, con bien poca razon, de cobardes y de traidores á los jefes de las columnas, recorrió á caballo la ciudad, oyendo en toda ella gritar á los afligidos grupos: *Paz, paz queremos;* y no pocas veces ni en pocas partes: *viva el rey de España;* exclamaciones que le pintaban el estado de los ánimos, al abatimiento de las turbas, y el deseo general de reposo á cualquiera costa. Y para aumentar la desesperacion de Nápoles y completar el dia, los bandidos, que habian venido á tomar parte en tan desastrosa faccion, y que pasaban de cinco mil, pidieron descaradamente la recompensa ofrecida. El duque, por contentarlos, no pudiendo cumplir su oferta, les dió una escasa suma de dinero, con lo que enojados aquellos facinerosos, aprovechando el luto y desfallecimiento general, atacaron y saquearon ántes de salir de Nápoles al barrio de San Antonio, sin que nadie se lo pudiese estorbar (2).

Nuevas proclamas del duque, y nuevos esfuerzos de sus partidarios calmaron poco á poco tan aflictiva situacion; renacieron esperanzas del pronto regreso de la armada francesa, suponiendo que habia ido á la isla de Elba á recoger más tropas de desembarco. El bandido Papone volvió á aparecer en las inmediaciones de Capua, repuesto de su derrota; y un numeroso cuerpo rebelde, mandado eventualmente por un francés aventurero, consiguió una señalada victoria, sorprendiendo otro de tropas napolitanas leales, mandadas por el marqués de Salsa, el de Buonalbergo, don Pedro Spínola y otros caballeros que pelearon como buenos y murieron desastradamente. Tantas ventajas animaron mucho á los populares, haciéndoles olvidar la pasada rota, y trataron de apoderarse por inteligencia del importante puesto de Pizzo-falcone; pero fueron descubiertos los agentes de la trama, y ahorcados inmediatamente.

Aclarado un poco el horizonte, y tranquilizado algun tanto el espíritu público, insistieron los partidarios de la república en que no fuese esta una mentira, y en que se organizase como tal el Estado, saliendo del de confusion en que se hallaba, y que creian ser la causa de tanta alternativa y de tan poca consistencia. El duque de Guisa, viéndose estrechado de cerca, esquivó las exigencias de los republicanos, y fomentó un partido contrario que se opusiese abiertamente á ellas; con lo que llevó con su imprudencia habitual las cosas casi á punto de rompimiento; pues en la plaza del Mercado y en otros sitios de la ciudad hubo serios disturbios, en que sonaron encontrados los gritos de *viva la República, viva el duque de Guisa;* dando la contienda ocasion de que con buen agüero llenasen tambien el aire las voces de *vivan la paz y el rey de España.* Y por último el duque, para terminar aquel desórden fomentado por él mismo, pero que no giraba tan en su provecho como habia creido, manifestó que queria organizar debidamente el gobierno republicano, arboló una bandera, que por un lado tenia sus armas y por otro las iniciales S.P.Q. N.; nombró una comision para trabajar el proyecto de constitucion y la forma que se habia de dar al Senado, y acuñó moneda con su busto, y el sello y leyenda de la República napolitana (3).

CAPITULO XXIV

El señor don Juan de Austria, con gran tacto y discrecion, aprovechaba las circunstancias todas, que debian apresurar el favorable desenlace de aquel sangriento y prolongado drama. Logró, como era de esperar, ausente el duque de Arcos, atraer al arzobispo Filomarino; y haciéndole olvidar pasados resentimientos, le obligó á poner nuevamente el peso de su influencia en la balanza. Estrechó relaciones con Genaro Annese, acaloró á Vicente Andrea y á los republicanos, y dió oportunas instrucciones á los *capas-negras;* con todo lo cual adelantó muchísimo en el camino de las negociaciones; y con tanto recato, habilidad y circunspeccion, que nada, nada pudo traslucir ni sospechar el ligero y atolondrado duque de Guisa: formando ciertamente un contraste singular el carácter de los dos príncipes.

Cerca estaba pues el triunfo que merecian los españoles por su constancia en mantenerse firmes contra los embates de la fortuna, cuando vino á reemplazar á don Juan en el cargo de Virey, que interinamente y con tanto acierto desempeñaba, el conde de Oñate, embajador de España en Roma, y de quien ya hemos hecho honorífica mencion.

Alarmado el gabinete de Madrid con la noticia de la, aunque saludable, ilegal deposicion del duque de Arcos, juzgándola con harta razon de peligroso ejemplo, por más que hubiese recaido la suprema autoridad en tan leal y generoso príncipe, hijo predilecto del soberano, se apresuró sábiamente á enviar un Virey con nombramiento real. Dudóse en la corte sobre la eleccion, y aun hubo en el consejo quien desacertadamente propuso al duque de Medina de las Torres, ya conocido y muy poco amado de los napolitanos; pero afortunadamente recayó en el conde de Oñate. Eleccion feliz, pues este personaje habia con su sagacidad y entereza ganado en Roma mucho crédito, aumentando en muchos quilates el buen nombre que heredó de su padre, famoso por los importantísimos servicios que habia prestado en Alemania, ya descubriendo y contrarestando la conjuracion de Walstein, ya deshaciendo los atrevidos planes del esforzado Gustavo Adolfo. Recibió pues su nombramiento en Roma, avisó de él al señor don Juan, y el 2 de marzo de 1648 llegó á Nápoles con cinco galeras, dinero, municiones, y aunque poca, alguna gente de refuerzo. Desembarcó en el arsenal, saludado por la artillería de los castillos y combatido por la del torreon del Cármen, cuyos tiros le mataron dos galeotes del esquife, al momento de tocar en el muelle (4).

El señor don Juan de Austria como generoso príncipe, honrado caballero, reverente hijo y leal vasallo, acató las órdenes de su Rey y la voluntad de su padre, sin el menor descontento; despojándose gustoso de un mando que ejercia, no legalmente, sino por la fuerza indeclinable de las circunstancias, y lo entregó sin titubear y sin reserva al que venia en toda regla á ejercerlo. Y para que lo hiciera con mas acierto y mejor servicio de la corona, puso en sus manos todos los hilos de las negociaciones secretas; y le instruyó lealmente del estado de los negocios, dándole además muy sesudos é importantes consejos; á lo que el conde correspondido como debia á tan franco proceder, elogiando mucho la conducta observada por el príncipe en los dias que habia gobernado el reino, y siguiendo sus mismos pasos, no ejecutó en lo sucesivo nada importante sin tomar ántes su beneplácito.

Reconoció personalmente el nuevo Virey los castillos y puestos fortificados de Nápoles; circuló proclamas y ofertas de completo olvido por la ciudad y por las provincias; se puso en comunicacion con las capitales subalternas del reino, y con todas las fortalezas mantenidas por las armas del Rey; envió oportunas órdenes y acertadas instrucciones á las columnas volantes, que cruzaban el país todo; socorrió con hombres, municiones, vituallas y dinero las plazas de Capua y de Gaeta; estrechó relaciones con Genaro Annese y con los *capas-negras;* animó con cartas y honrosos mensajes á los nobles que peleaban y sostenian el nombre español en sus feudos; y á los que estaban más inmediatos les rogó viniesen, como lo verificaron, á la ciudad para reforzar su guarnicion.

Desconcertado el duque de Guisa con la actividad increible del nuevo Virey, y por la facilidad y acierto con que organizaba sus recursos, empezó á sospechar que tenia minado el terreno que pisaba; pero en lugar de conocer que lo perdian sus nuevos favoritos, y su poco circunspecta conducta, se entregó más y más en brazos de ellos, y aumentó más y más los escándalos, llegando á tal punto de ceguedad, que como el baron de Módena, á pesar de verse en desgracia, sólo arrastrado de su buen celo por aquel ingrato príncipe, le rogase que mirara por sí y por su reputacion, se indignó tanto que lo mandó prender, lo encerró sin comunicacion, y dispuso que se le formase causa por una comision militar creada expresamente (5). Este arbitrario é injusto proceder con militar tan valiente, tan entendido y tan estimado de todos, y algunas muertes violentas, que mandó dar á personas de gran valía entre el populacho, y los desórdenes de su vida privada, acabaron de disgustar completamente aun á sus más ciegos partidarios, llegando á ser ya tan poco respetada su persona y acatada su autoridad, y á hacerse el servicio de tan mala gana, que varios puestos de los más importantes de la ciudad quedaron algunas noches completamente abandonados.

No dejó de aprovechar este resfriamiento por el príncipe francés el villano Genaro Annese, pues se salia á caballo de su guarida para concitar contra él los barrios del Lavinaro y de la Congeria. Mas el duque, que al cabo era valerosísimo y jamás recataba su persona, voló á atajar el desórden y á reprimir la osadía del arcabucero, que viéndose sorprendido y descubierto huyó cobardemente á esconderse en su torreon. Este acontecimiento, el haber sido ahorcados despues de padecer tormentos espantosos los fautores y cabezas de dos conspiraciones republicanas que se descubrieron, y la voz esparcida con oportunidad de que de un momento á otro volvia la armada francesa con fuerzas muy considerables, restablecieron algun tanto la opinion y autoridad del duque de Guisa, dando vida á nuevas esperanzas; y algunas ventajas conseguidas por Papone en las márgenes del Volturno, y por Pastena cerca del puente de Scafatí, reanimaron el aliento del populacho.

El duque de Guisa, ó porque efectivamente esperase socorros, si no de la armada francesa, de algunos bajeles que le pudieran enviar sus agentes particulares; ó por dar á entender que los esperaba, quiso asegurarse de un buen fondeadero, como era indispensable en estacion tan cruda, y discurrió en mal hora apoderarse de la isla de Nisida, que, colocada detrás de la punta de Posilipo, ofrece abrigo á embarcaciones de poco porte. Defendíala un castillejo con escasa guarnicion española. Trató de ganar á esta con dinero, y viendo rechazadas sus ofertas, determinó acometer la isla, y lo verificó saliendo con corto aviso de Nápoles, al frente de unos cinco mil hombres, disponiendo que le ayudasen cuantas barcas de pescadores pudo armar y fortalecer convenientemente (6).

El conde de Oñate que acechaba, para aprovecharse sin dilacion, todos sus desaciertos, viéndolo ocupado en aquella inoportuna empresa, pensó al momento en hacer una salida de los castillos, publicando la paz, pero dispuesto á la guerra si hallaba resistencia en el pueblo. Reunió inmediatamente un consejo de guerra presidido por el señor don Juan de Austria, y consultó con él la operacion, confesando que era osada y que podia ser de gravísimo riesgo. Acostumbrados todos los concurrentes á la paciencia ejemplar y nimia circunspeccion del duque de Arcos, y empapados en sus máximas, creyeron imprudente y demasiado arrojada la determinacion; pero el príncipe don Juan, cuyo ánimo generoso no estaba muy satisfecho con tanta espera, y el anciano don Dionisio de Guzman,

(1) Comte de Modéne. – De Santis.
(2) De Santis. – Comte de Modéne.

(3) De Santis. – Comte de Modéne. – Capecelatro, MS.
(4) De Santis. – Comte de Modéne. – Capecelatro, MS.

(5) Comte de Modéne.
(6) De Santis. – Comte de Modéne.